

### 1.3 Las fluctuaciones de la economía europea durante el siglo XX

Al ordenar las tasas de crecimiento de los PIB per cápita se observa que ha habido dos historias distintas:

- por una parte, los países occidentales que han crecido tanto más cuanto más pobres eran al comenzar el siglo
- y, por la otra, los orientales, que han crecido poco aunque fueran pobres.

En los primeros países en la clasificación de tasas de crecimiento seculares corresponden a casos de rentas per cápita bajas o medio-bajas. Entre los occidentales, el Reino Unido ocupa el lugar que le corresponde: era el más rico en 1913 y es el que menos ha crecido a lo largo del siglo. Es muy interesante observar que los otros países occidentales que imitaron precozmente la industrialización británica (Bélgica) o que ya eran muy ricos (Holanda), o que se adaptaron rápidamente a la industrialización (Suiza, Alemania, Austria y Francia), están situados por encima de Gran Bretaña pero netamente por debajo de los países que estaban en la periferia menos industrializada de la Europa occidental. Estos están en la parte alta de la clasificación. Son los países escandinavos, que han crecido mucho en el siglo XX, y la periferia occidental y meridional: Irlanda, Portugal, Grecia, Italia y España. En cambio, todos los países de la Europa centro oriental y oriental, cierran la clasificación y ponen de manifiesto un fracaso en su convergencia sobre los niveles de bienestar de los más ricos.

Tasas de crecimiento del PIB per cápita, 1913-1998 (en porcentaje)

	Tasa de crecimiento		Tasa de crecimiento
Portugal	2,79	Suiza	1,91
Noruega	2,68	Alemania	1,88
Dinamarca	2,60	Bélgica	1,81
Finlandia	2,58	Chequia	1,68
Grecia	2,33	Ex Yugoslavia	1,68
Italia	2,30	Polonia	1,64
Irlanda	2,20	Reino Unido	1,58
España	2,19	Eslovaquia	1,55
Suecia	2,14	Hungría	1,33
Francia	2,05	Ex URSS	1,14
Austria	2,02	Bulgaria	1,13
Holanda	1,91	Rumania	1,03

Fuente: CARRERAS (2003)

La economía británica ha sido la de crecimiento más lento entre las occidentales, reflejo del elevado nivel del que partía; pero ha perdido su preeminencia a lo largo del siglo, pasando a ser, por sus niveles de renta, una economía más entre las occidentales. Respondió muy bien al desafío de las dos guerras mundiales. En ambos casos amplió fuertemente su producto y así llegó a estar en condiciones de imponerse a sus enemigos. En cambio, ha gestionado muy mal su retorno a la paz. Las dos posguerras representaron sendos períodos de estancamiento económico. La peculiar trayectoria británica, con sus aceleraciones bélicas y sus parones posbélicos, explican que las grandes crisis económicas del siglo se sufrieran menos: en parte ya se habían anticipado. La crisis de 1929 fue poco profunda, y también la de 1973. Esta coincidió con su tardía incorporación a la CEE, que no pudo ser aprovechada tan bien como lo fue por los que 6 países que la formaron en 1957. La trayectoria británica posterior a 1979 es relativamente mejor que la anterior a 1973. Gran Bretaña reaccionó innovadoramente frente a la segunda crisis energética, con un paquete de medidas antiestatalistas y pro libre mercado que constituyeron una fórmula original. Los costes del cambio fueron altos, pero es cierto que significaron una inyección de dinamismo económico en la economía británica, de manera que, pese a haber crecido menos de 1979 a 1998 que en la edad dorada, su trayectoria comparada con la de los otros países occidentales es mejor. También es cierto que en 1945 el Reino Unido aún era el país de gran tamaño más rico de Europa, mientras que en 1979 llevaba ya muchos años de decadencia.

A lo largo de todo el siglo, los protagonistas de la economía europea fueron aquellos países que en el siglo XIX habían reaccionado frente al desafío industrial británico y que se habían constituido como potencias industriales: en primer lugar, Alemania y Francia; en menor medida, Italia; en último lugar, Rusia.

El siglo XX ha estado lejos de ser tranquilo para la economía alemana. Alemania sufrió grandes cambios territoriales a consecuencia de las dos guerras mundiales: en el transcurso de ambas su superficie aumentó de forma espectacular, al ocupar y administrar territorios ajenos; la derrota ocasionó fuertes castigos territoriales. Las amputaciones territoriales fueron significativas después de la primera guerra mundial, aunque las indemnizaciones parecieran mucho más gravosas, pero aún más radicales lo fueron las que siguieron a la segunda guerra mundial. De entrada, una fragmentación del territorio en cuatro zonas de ocupación militar por parte de las principales naciones aliadas, y fuertes cesiones territoriales a Polonia. A partir de 1949, con la creación de la República Federal de Alemania y de la República Democrática de Alemania, se consolida una división que durará 40 años; en 1990 ambas se reunificarán. Las guerras y la gran crisis de 1929-1932 dominan el perfil de la evolución de la economía alemana. La primera posguerra fue muy penosa, mientras que la segunda, tras unos comienzos aún más patéticos, acabó siendo espectacularmente buena. La dureza de la segunda posguerra es el rasgo dominante de la trayectoria del PIB alemán. La primera guerra mundial, la crisis de 1919, la de 1923 o la de 1929-1932 empalidecen comparadas con el hundimiento sufrido en 1945 y 1946. Algunos autores han interpretado el *boom* económico subsiguiente precisamente como una consecuencia de la intensidad de la caída y de las oportunidades de recuperación que tenía un país con población bien cualificada y con unas infraestructuras que podían rendir inmediatamente después de ser reparadas. En los años cincuenta la industria alemana recuperó su tradicional dinamismo y volvió a convertirse en la proveedora de maquinaria y material de transporte de sus vecinos. Los crecientes lazos comerciales fundamentaron la apuesta por el mercado común europeo que se concretó en el tratado de Roma de 1957 a la vez que sancionaron la amistad con el vecino francés. La caída del muro de Berlín en 1989 abrió las puertas a la reunificación en 1990 de la RFA y la RDA —en realidad la absorción de la segunda por la primera—. Esta modificación de las fronteras del Estado alemán han acabado de consagrar que su economía sea la mayor de Europa a finales del siglo XX.

Como Alemania, la economía francesa del siglo XX ha estado marcada por las guerras. Pese a las dos victorias, las dos guerras fueron devastadoras por haberlas sufrido Francia sobre su propio territorio. El período de entre guerras estuvo dominado por el espectro del estancamiento demográfico y el repliegue económico. Francia se veía a sí misma como una economía sin futuro. Si comparamos la trayectoria alemana y la francesa en los años treinta, comprobaremos que la diferencia no puede ser más espectacular. De 1929 a 1939 aquélla crece un 37 %, mientras que ésta un 3 %. Y si nos situamos en 1944 y comparamos con 1929, el contraste es más cruel: mientras que la primera se expande en un 55 %, la segunda se contrae en un 51 %. La segunda posguerra fue bien distinta a la primera. Francia inauguró una larga etapa de crecimiento que rompió los espectros del estancamiento. La Francia posterior a 1945 se ha comportado como una economía muy dinámica. La reconstrucción posbélica fue aprovechada a fondo para renovar las infraestructuras de transportes y la maquinaria industrial. Con la apuesta política y comercial por la CEE, Francia consiguió aumentar sus mercados y eliminar los riesgos de conflicto con su vecino, y antiguo enemigo: Alemania. La continuidad y la rapidez del crecimiento a lo largo del período 1945-1974 cambiaron radicalmente la imagen, que había sido tradicional, de atraso y envejecimiento de la economía francesa. Bien reequipada y perfectamente dotada de capital humano, supo convertirse en tecnológica y empresarialmente dinámica. Con las crisis del petróleo, particularmente con la segunda, Francia siguió una estrategia de expansión de la demanda. La coincidencia, en 1981, de la mala coyuntura económica internacional y del acceso al gobierno de una mayoría de izquierdas produjo efectos negativos, que se visualizaron en una devaluación del franco respecto al marco. El impacto políticamente negativo de la situación fue tal que ningún gobernante francés se ha atrevido después de 1981 a despegarse de la paridad respecto al marco, considerada como la piedra de toque de la corrección de la política económica francesa. A la altura del año 2000, la economía francesa es la segunda economía europea por la dimensión de su PIB, sólo superada por la alemana.

De todos los grandes países europeos que se combatieron en la gran guerra, Italia es el que ha gozado de tasas de crecimiento más altas a lo largo del siglo. Los éxitos obtenidos entre finales del XIX y el estallido de la guerra no se repitieron hasta la segunda posguerra, pero el resultado global ha sido muy bueno. Podemos considerarlo como un éxito completo en términos de convergencia. El *sorpasso* respecto

a Gran Bretaña visualizó, hacia 1990, este éxito. En cambio, y curiosamente, la trayectoria secular italiana recuerda a la británica. Excepto por la fundamental excepción de los años 1943-1945, también Italia vivió de lejos la mayor parte de las dos guerras mundiales. La inicial neutralidad en la primera y la lejanía de los frentes de guerra permitieron que la economía italiana prosperase durante los años del conflicto bélico. La posguerra, en cambio, fue muy dura. Las crisis de sobreproducción y los conflictos redistributivos se mezclaron de manera fatal y acabaron dando lugar a la emergencia del fascismo. El período de entreguerras italiano es original pues casi todo él (desde 1922) está dominado por el régimen fascista. La primera década será económicamente bastante liberal en lo macroeconómico, con ramalazos de intervencionismo estatal. La segunda década tuvo un aire mucho más decididamente autárquico, que no dejó de acentuarse hasta el final del fascismo. La implicación en la segunda guerra mundial resultó fatal para Mussolini. Su régimen se hundió espectacularmente en 1943. Los dos últimos años de la guerra fueron caóticos. La reconstrucción, en cambio, fue un éxito completo –uno de los milagros de la posguerra–. Italia, como Alemania y Francia, utilizó los fondos del Plan Marshall para reequipar su industria y sus redes de transporte. También consiguió incorporarse a los circuitos comerciales intraeuropeos que dieron lugar a la CEE y aprovechados a fondo, tanto para aumentar sus mercados como para ofrecer nuevos horizontes de trabajo a su población. El milagro comenzó a diluirse bastante pronto, después de 1962, pero aún duró con bastante buena salud unos 12 años más. Italia ha sido la patria de algunas de las políticas más originales del siglo, siempre en el campo del intervencionismo público. Es el caso del salvamento de bancos e industrias y de las políticas de desarrollo regional. En las dos últimas décadas ha llamado la atención por su éxito con la pequeña empresa y con los distritos industriales, hasta convertirse en ejemplo paradigmático para los diseñadores de políticas industriales gracias, sobre todo, a su éxito exportador.

Desde cualquier punto de vista, el siglo XX es, en buena medida, el siglo de la Unión Soviética. Su nacimiento, en 1917, y su muerte, en 1991, marcan los puntos claves del siglo. El nacimiento de la URSS ha sido percibido durante mucho tiempo, en buena medida por el mismo éxito de la literatura soviética o prosoviética, como un resultado inevitable del fracaso del zarismo. Hoy en día se sabe que la economía zarista fue dinámica, pero que la estructura del poder durante el zarismo evolucionó muy lentamente, facilitando que surgieran desafíos cada vez más intensos a la autocracia imperante. Las condiciones extremas de la guerra europea precipitaron la revolución política, pero también tensaron al máximo las condiciones económicas, facilitando el surgimiento de alternativas cada vez más radicales. Los bolcheviques tuvieron su oportunidad en octubre de 1917, la cogieron al vuelo y no la soltaron bajo ningún concepto durante casi tres cuartos de siglo. Pero al cabo de tres generaciones los objetivos que parecían interesantes eran ya muy distintos, y en 1991 la URSS se disolvió, ante la estupefacción generalizada, como un azucarillo en una taza de café caliente.

Las grandes etapas de la economía soviética nos resultan ahora bastante bien conocidas. El primer período, conocido como de comunismo de guerra, cubre de 1917 a 1921. Le sigue la época de la Nueva Política Económica (NEP), que llegó hasta algo antes de 1927. En ese año se lanza el primer plano quinquenal, que significa un corte radical en la política económica soviética y en la de toda la humanidad. La planificación centralizada será la política oficial durante el resto de la vida de la URSS. Cabrá distinguir algunas etapas. Los primeros planes, hasta la guerra mundial, totalmente centrados en el objetivo de la industrialización, particularmente de la creación de una gran industria pesada. Luego, el esfuerzo de reconstrucción posbélica, que dura casi una década. Le siguen los intentos de reforma sucesivos a la muerte de Stalin, que se prolongan por otra década. Finalmente, una vez se renuncia al reformismo, se entra en el período del breznevismo, caracterizado por una continuidad en la decadencia. La inacción durará casi dos décadas. Entrada la década de 1980, se renuevan los esfuerzos de reforma, que se acelerarán con Gorbachov y su Perestroika (reconstrucción).

La serie, incompleta, del PIB ruso, soviético y postsoviético, subraya las fuertes rupturas que han caracterizado la vida económica rusa del siglo XX. La primera guerra mundial debió suponer una caída del PIB muy importante, que tuvo que prolongarse debido a la continuación de la guerra mundial como guerra civil hasta 1921. La NEP fue ya una verdadera recuperación económica. La segunda guerra mundial volvió a reducir drásticamente el potencial productivo del país, aunque en este caso la interrupción fue más breve. Si el primer cambio de sistema económico debió suponer la pérdida de lustros, el segundo cambio parece que va camino de repetir la misma experiencia, aunque ahora sea sin el concurso de una guerra mundial y una guerra civil. La caída del PIB soviético desde 1989 ha sido espectacular. El comportamiento es netamente peor que el de los países de la Europa centro oriental. Las razones de tan estrepito-

so fracaso son complejas, pero no cabe duda de que el modo cómo se realizó la transición a la economía de mercado ha sido crucial. En la URSS se comenzó liberalizando las transacciones más fáciles de realizar, o aquellas por las que había más apetencia, como el comercio exterior; en cambio, muchos sectores de actividad no fueron liberalizados —y algunos siguen sin serlo—. La asimetría liberalizadora ha sido extrema y ha producido todo tipo de distorsiones. La creación de algunos mercados cuando ni el Estado ni la sociedad estaban preparados para garantizar el cumplimiento de los contratos ha abierto la puerta de par en par a todo tipo de violencias organizadas que convierten en aventura arriesgada cualquier actividad empresarial y minimizan las oportunidades de inversión. La ex URSS ha entrado en un camino destructivo que tiene fuertes semejanzas con las etapas iniciales del proceso de feudalización en Europa. Las posibilidades de encontrar un arreglo a la situación son más difíciles que en la Europa centro orienten pues el grueso de la capacidad económica rusa está mal situada, respondiendo a planteamientos autárquicos que ahora son completamente insostenibles. La ausencia de un período de adaptación al mercado ha socavado toda posibilidad de ajuste más suave a la nueva estructura de precios —o sea, de escasez relativa—.

Los países europeos que más han crecido en el siglo XX tienen un rasgo en común: están situados en la periferia de la Europa occidental. Algunos de ellos son países escandinavos —los más septentrionales de Europa—; otros son países mediterráneos —los más meridionales de Europa—; y algunos —los más occidentales— comparten rasgos de unos y otros. Todos ellos eran, a principios del siglo XX, países relativamente pobres comparados con los que ya habían recorrido un buen trecho de la senda de la industrialización. Sólo Suecia parecía haber encontrado su atajo antes de 1914.

España fue neutral durante la guerra europea. Gracias a ello entró en los años veinte con un nivel de prosperidad netamente superior al de 1913; no sólo porque se hubiera enriquecido mucho, que lo hizo, sino porque había recortado las distancias respecto a los países más desarrollados de Europa. Gracias a su neutralidad, España naturalizó prácticamente todas las inversiones en manos de extranjeros y logró hacerse, y retener hasta 1936, con las cuartas mayores reservas de oro del mundo, que dilapidó en su guerra civil. Aunque España gozó de un período de entre guerras económicamente apacibles, con una fuerte expansión en los años veinte y una suave depresión en la primera mitad de los años treinta, su vida política y social fue muy agitada y sembró las semillas de una guerra civil larga —de 1936 a 1939— y muy sangrienta. Al acabarse, la economía española no logró tomar el sendero de la recuperación y quedó sumida en un marasmo depresivo. La segunda guerra mundial, a diferencia radical de la primera, no fue aprovechada por España. Su alianza con las potencias del Eje le privó por completo de capacidad de maniobra y estuvo prisionera de los acuerdos con Hitler y Mussolini. La finalización de la guerra mundial supuso la apertura de un compás de espera: ¿intervendrían las potencias aliadas contra Franco? Tras algunas vacilaciones, la respuesta final, gracias al estallido de la guerra fría, fue negativa. Sólo entonces, con la supervivencia del régimen fuera de discusión, el crecimiento económico se puso en marcha. Fue fulgurante, en buena parte compensando el tiempo perdido. En la década de 1950 se realizó bajo un sistema básicamente autárquico que se flexibilizó en 1959, como consecuencia de la apreciación de las oportunidades existentes en la economía internacional si se liberalizaban los intercambios exteriores. El turismo, las remesas de los emigrantes y las inversiones exteriores ayudaron a financiar el reequipamiento productivo de la economía española que, sobre todo de 1960 a 1973, se comportó tal como era esperable: creciendo muy deprisa. Como tantas otras economías europeas, la crisis petrolífera también señaló para España el final de la edad dorada, pero la depresión económica se vio complicada por la delicada transición política a la democracia. Los nuevos impulsos de crecimiento han procedido, indudablemente, de la integración en la CEE y en la economía internacional.

Frente a los éxitos más o menos precoces de las periferias occidentales, tenemos los fracasos de la periferia centro-oriental. Recordemos que en 1913 no existía la Europa centro-oriental. Era una expresión geográfica completamente imprecisa, a no ser que fuera un modo despectivo de referirse al Imperio Habsburgo —la monarquía dual austro-húngara—. Después de 1919, la expresión de vino perfectamente precisa. Correspondía a todos los Estados creados a resultas de los tratados de paz y que se extendían entre la URSS y Alemania e Italia. Su nacimiento fue traumático. Surgieron de las cenizas de los cuatro imperios derrotados: el alemán, el ruso, el austro-húngaro y el otomano, pero sobre todo del segundo y el tercero. Carecían de tradición y carecían de recursos. Dedicaron los años veinte a dotarse de una mínima estructura estatal y a construirse una identidad nacional. Lo lograron parcialmente gracias a la inyección crediticia mayormente norteamericana aunque también francesa, británica y belga. La economía quedó muy olvidada, y cuando la crisis de los años treinta se impuso con toda su dureza, se encontraron al albur de dictado-

res de todo tipo, preferentemente fascista. Los que permanecieron económicamente en la órbita alemana sufrieron duramente la crisis. Los más pobres y menos integrados en la economía centroeuropea, la capearon mucho mejor. Todos ellos fueron capturados por el torbellino de la expansión económica de la Alemania hitleriana.

Después de la segunda guerra mundial todos los países de la Europa Oriental se incorporaron al área soviética. Ahí permanecieron hasta 1989, cuando en pocas semanas experimentaron una sensacional revolución que les devolvió a la vida democrática. Ello implicó secesiones, independencias y, en algunos casos, guerras cruentas. También implicó un tránsito doloroso a un nuevo sistema económico. Su trayectoria global ha sido la más decepcionante. El crecimiento del bloque europeo oriental de 1950 a 1989 fue una copia –un calco– del de la URSS. Ello no fue casualidad. Derivaba de que compartían el mismo modelo pero, sobre todo, de que compartían las mismas estrategias y estructuras de información. Las economías del socialismo real no podían soportar generar malas noticias oficiales, y ello generó una permanente tendencia a la manipulación de los datos estadísticos. Es muy difícil saber qué hay de cierto y qué hay de inventado tras la enorme masa de la estadística del área del COMECON. Que la trayectoria de la Europa oriental y la de la URSS sean tan parecidas, es muy sospechoso. En cualquier caso, reflejan un fuerte crecimiento de lo que llamaban el producto material hasta finales de la década de 1970. Entonces, con algún retraso respecto a Occidente, el crecimiento se desacelera significativamente, y no deja de desacelerarse a lo largo de una década. Con el colapso de finales de 1989, la Europa oriental cae en picado. La diferencia es que la caída dura, en promedio, menos en la Europa oriental. Hacia 1993 ya se ha tocado fondo y el conjunto vuelve a crecer. El promedio es engañoso. Algunos países supieron frenar rápidamente su desorganización productiva: Polonia lo logró en 1991, Checoslovaquia entre 1992 y 1993 (algo antes en la República Checa que en Eslovaquia), Hungría en 1993, pero Bulgaria en 1997, y Rumania parece haber recaído por debajo del mínimo de 1991. La ex Yugoslavia parecía haber alcanzado su mínimo en 1993, pero las guerras civiles han echado por tierra todas las previsiones. En líneas generales, los tres países más avanzados (Polonia, Hungría y la antigua Checoslovaquia, por no hablar de la antigua RDA), sufrieron un parón económico duro, superior al 10 % del PIB, y volvieron a crecer inmediatamente después. En cambio, el área balcánica, sufrió un primer parón más fuerte, en algunos casos con caídas del 40 % (Albania, ex Yugoslavia), de las que se recuperaron débilmente, y han vuelto a sufrir nuevas caídas antes de haber levantado cabeza.

El índice del PIB total nos permite una primera aproximación a las etapas de la economía europea occidental, y las tasas de crecimiento interanuales, facilitan un mejor seguimiento de la coyuntura.

El estallido de la primera guerra mundial provoca una reducción del PIB. La caída más fuerte se producirá con la etapa final de la guerra, en 1918, y con la desorganización subsiguiente. El nivel de preguerra se recuperará en 1923.

Los años veinte son de prosperidad creciente:

- se partirá del mínimo de 1921 hasta el máximo de 1929 con un aumento total del 39 %.
- de 1929 a 1932, el PIB cae continuamente, totalizando una pérdida de más de 10 puntos porcentuales.

La recuperación se aprecia desde 1933 y durará hasta 1939, totalizando un 30 % de incremento. Las políticas económicas desplegadas no aspirarán a volver a la normalidad de preguerra, sino que serán cada vez más autarquizantes y se orientarán a preparar nuevos conflictos bélicos.

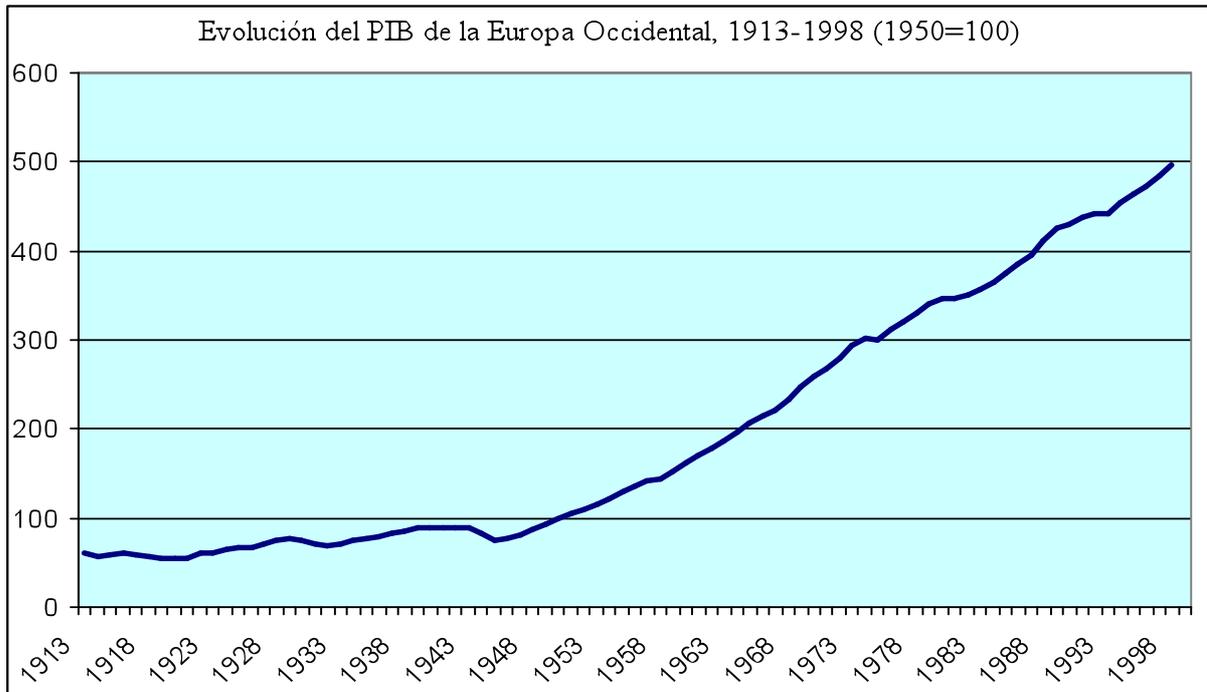
El máximo de 1939 aguantará precariamente hasta 1943, para hundirse estrepitosamente en 1944 y 1945. La caída –del 15 %–, será la más fuerte del siglo. A medida que la segunda guerra mundial llevaba al agotamiento a los países beligerantes, y que la desorganización se multiplicaba, la capacidad productiva se paralizaba.

El año 1946 significará un inicio de recuperación, pero aún muy tímido. La reconstrucción propiamente dicha se producirá en los años que van de 1947 a 1950, cuando la tasa de crecimiento de la Europa occidental estuvo en el 7 % anual durante 4 años. Los procesos de reconstrucción no se produjeron simultáneamente, ni ocurrieron en todas partes. La recuperación del máximo de preguerra se alcanzó ya en 1949. Ese es el momento que señala el final del período de «entreguerras». Se suele seleccionar 1913 como el último año completo de normalidad, y su final se extiende hasta el momento que se recuperan los niveles de PIB de preguerra.

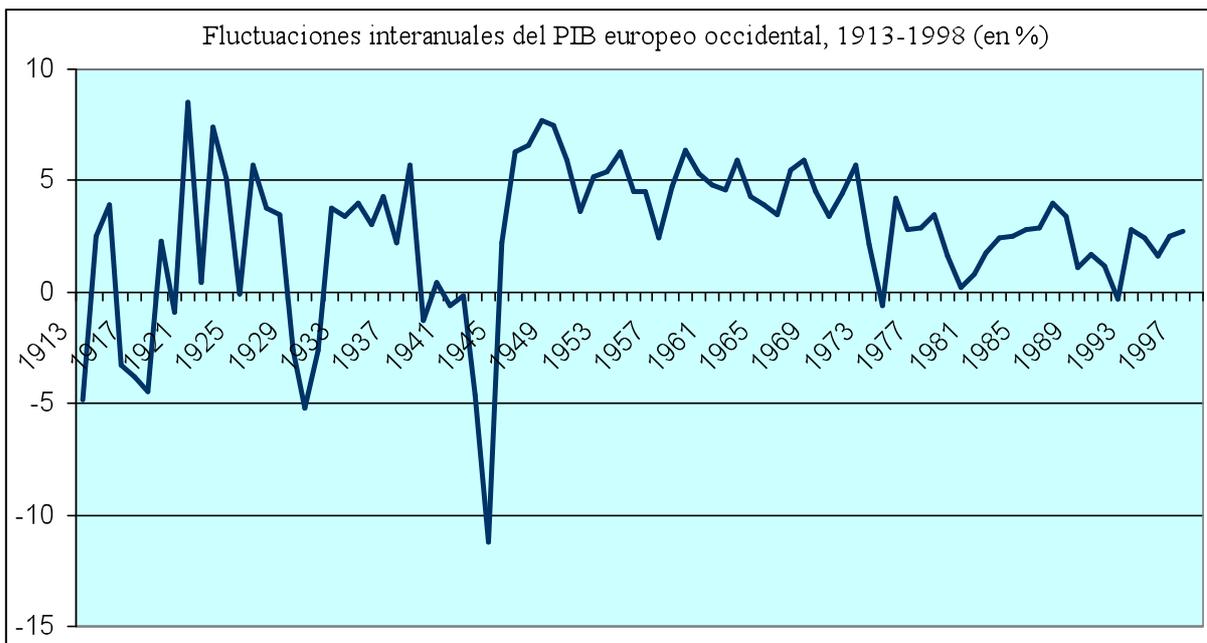
El PIB de la Europa Occidental, 1913-1998.  
Números índices (1950=100) y tasas de crecimiento interanuales (en porcentaje)

Año	PIB (1950 = 100)	Tasa de crecimiento	Año	PIB (1950 = 100)	Tasa de crecimiento
1913	60,4		1956	135,3	4,5
1914	57,5	-4,8	1957	141,3	4,5
1915	59,0	2,5	1958	144,7	2,4
1916	61,3	3,9	1959	151,6	4,7
1917	59,2	-3,3	1960	161,4	6,4
1918	57,0	-3,8	1961	170,0	5,3
1919	54,4	-4,5	1962	178,2	4,8
1920	55,7	2,3	1963	186,4	4,6
1921	55,2	-0,9	1964	197,4	5,9
1922	59,9	8,5	1965	205,9	4,3
1923	60,1	0,4	1966	214,0	3,9
1924	64,6	7,4	1967	221,5	3,5
1925	67,9	5,1	1968	233,6	5,5
1926	67,8	-0,1	1969	247,4	5,9
1927	71,7	5,7	1970	258,6	4,5
1928	74,4	3,8	1971	267,2	3,4
1929	77,0	3,5	1972	279,1	4,4
1930	74,9	-2,6	1973	294,9	5,7
1931	71,0	-5,2	1974	301,1	2,1
1932	69,2	-2,6	1975	299,2	-0,6
1933	71,8	3,8	1976	311,9	4,2
1934	74,2	3,4	1977	320,6	2,8
1935	77,3	4,0	1978	329,8	2,9
1936	79,6	3,0	1979	341,4	3,5
1937	83,0	4,3	1980	346,8	1,6
1938	84,8	2,2	1981	347,4	0,2
1939	89,7	5,7	1982	350,3	0,8
1940	88,5	-1,3	1983	356,5	1,8
1941	88,8	0,4	1984	365,2	2,4
1942	88,3	-0,6	1985	374,2	2,5
1943	88,2	-0,2	1986	384,7	2,8
1944	84,1	-4,6	1987	395,7	2,9
1945	74,6	-11,2	1988	411,6	4,0
1946	76,3	2,2	1989	425,5	3,4
1947	81,1	6,3	1990	430,4	1,1
1948	86,4	6,6	1991	437,6	1,7
1949	93,0	7,7	1992	442,6	1,2
1950	100,0	7,5	1993	441,1	-0,3
1951	105,9	5,9	1994	453,4	2,8
1952	109,8	3,6	1995	464,2	2,4
1953	115,5	5,2	1996	471,8	1,6
1954	121,8	5,4	1997	483,8	2,5
1955	129,4	6,3	1998	496,6	2,7

Fuente: CARRERAS (2003)



Fuente: [http://www.ggdc.net/maddison/Historical\\_Statistics/horizontal-file\\_03-2007.xls](http://www.ggdc.net/maddison/Historical_Statistics/horizontal-file_03-2007.xls)



Fuente: [http://www.ggdc.net/maddison/Historical\\_Statistics/horizontal-file\\_03-2007.xls](http://www.ggdc.net/maddison/Historical_Statistics/horizontal-file_03-2007.xls)

En cualquier caso, el PIB europeo occidental volvió a crecer con decisión desde la sima en la que había caído en 1945. Como una lectura atenta del cuadro permite detectar, el PIB no cesó de crecer desde 1946 hasta 1975. Se trata de «la edad dorada» de la economía capitalista. Estos años son los que separan el año inicial de Plan Marshall (1948) del último año de prosperidad confiada (1973).

A lo largo de los años de crecimiento continuo se pueden distinguir algunos períodos:

- de 1946 a 1950, son los años de la reconstrucción rápida.
- el crecimiento se desaceleró en 1951 y 1952, pero la guerra de Corea y la guerra fría volvieron a dar impulso y confianza a la economía europea occidental, de manera que el crecimiento recuperó fuerza hasta 1957.
- en 1958, las economías europeas sufren una clara desaceleración de su crecimiento. La perplejidad dura poco, y ya en 1959 el crecimiento vuelve a sus niveles anteriores.
- de 1960 a 1964, las tasas vuelven a niveles que parecían imposibles de repetir. El milagro parecerá palidecer de 1965 a 1967, cuando el crecimiento se desacelere.
- de 1968 en adelante comienza un nuevo ciclo expansivo que alcanzará los máximos de intensidad en 1969 y en 1973. Este será el último año de bonanza.
- la rápida subida del precio del petróleo pondrá un brusco punto y final a la edad dorada. El año 1974 aún disfrutará de la inercia del pasado, pero la caída del PIB en 1975 reflejará poderosamente, por su excepcionalidad, el cambio de etapa que representó la crisis. Tras unos ajustes fuertes, las economías europeas occidentales recuperarán la senda del crecimiento durante cuatro años más, pero será a un ritmo menos intenso.
- la segunda crisis del petróleo, más larga y no menos profunda, inaugurará una nueva etapa de pesimismo. Entre 1980 y 1981 las tasas de crecimiento se irán apagando. En 1982 apenas levantan cabeza. Los ritmos se recuperarán con gran lentitud, tendiendo a permanecer en la franja del 2 o 3 %, magnitudes que no sabían a verdadero crecimiento sino más bien a estancamiento. Este fue el término que acabó asignándose a todo el período que va de 1974 hasta finales de los ochenta. Cuando en 1988 la tasa de crecimiento alcanzó el 4 % se pensó que la era del estancamiento había acabado. El hecho de que un nuevo período histórico, caracterizado por la caída del bloque soviético, dominara todo el panorama de la vida europea desde finales de 1989, ha alejado el término estancamiento de nuestro vocabulario.

Sorprendentemente, la disolución del bloque soviético no supuso una aceleración del crecimiento occidental. Entre 1990 y 1993 el PIB europeo occidental volvió a los niveles de semiparálisis que lo habían caracterizado entre 1980 y 1983. Más aún, 1993 volvió a ser el *annus horribilis*, sólo comparable a 1975, de la economía europea de posguerra. Tras las pérdidas de energía causadas por los conflictos entre políticas económicas, la mayor coincidencia posterior a 1993 ha producido unos años de crecimiento modesto pero bastante constante, que han seguido hasta el año 2000.

Este es el esquema de la coyuntura económica del siglo. Permite apreciar a primera vista unas grandes etapas y unos periodos más breves pero plenamente significativos.

